

La calle para el jueves 18 de agosto de 2011

Diario de un espectador

La mirada invisible

Miguel ángel granados chapa

María Teresa Serrano es una joven empleada del Colegio nacional en el centro de Buenos Aires. Es la protagonista de la película *La mirada invisible*, de Diego Lerman, que logra una nueva visión del golpe militar argentino de 1976 y sus efectos en la vida cotidiana. Sea que el director lo sugiera o que el espectador se tome la libertad de imaginarlo, ella ha de ser una educadora que no encuentra empleo como maestra y tiene que contentarse con ser preceptora, lo que en México llamamos prefecta, o conserje o simplemente vigilante.

Es una de las encargadas del orden en ese establecimiento público centenario. En realidad es la única mujer que realiza esa función. Los otros bedeles son varones jóvenes, a cuyo frente está Carlos Bisutto. Por su antigüedad en el puesto, por su actitud corporal, por su lenguaje, da la impresión de ser un policía enviado a resguardar la disciplina por los militares que subieron al poder por la fuerza en marzo de 1976. Bisutto habla de la subversión en el mismo tono en que los hacían los mandones del ejército, la marina y la fuerza aérea. El policía en funciones de jefe de preceptores impone disciplina a los adolescentes que acuden al plantel (llamado en el siglo XIX Colegio nacional de ciencias morales, como con orgullo recuerda el director al inaugurar el curso).

Todo en ese establecimiento está marcado por el signo de la represión. La preceptora Cornejo cuida, con su mirada penetrante, capaz de encontrar la mínima imperfección, que todo esté en orden. Los alumnos, permanentemente intimidados, deben vestir el uniforme del establecimiento sin una arruga, sin una falla, sin sustituir una prenda reglamentaria por otra que se le parezca. La escrutadora mirada de la vigilante cuida asimismo que los adolescentes no se manifiesten como es propio de su edad. Descubre a una chica y a un muchacho dándose un beso y los reprende. Si percibe un débil olor a tabaco se afana en investigar quién fuma.

Ella misma camina estirada, con el uniforme impecable, como si se vigilara a sí misma. Vive una vida rígida, en compañía de su madre y de su abuela, ellas en permanente riña. De vez en cuando ambas la empujan a tener contacto con la gente. Un compañero suyo la invita a una fiesta sabatina, para asistir a la cual acepta que su abuela deshaga el riguroso chongo que subraya la delgadez de su rostro mientras cumple sus funciones. Con el pelo suelto asiste a la fiesta. La hermana del anfitrión le pregunta cuál es la relación con su hermano, y se resiste a admitir que no son novios y que no han tenido relaciones carnales. María Teresa confiesa, ante el asombro de la adolescente, varios años menor que ella, que a sus veintitrés años es virgen.

Por ello mismo sufre un conflicto entre su rígida formación y el ansia sexual que la asalta permanentemente. Se enamora en silencio de un alumno, y se obsesiona por su cuerpo, por su entrepierna en particular.

Genera una patraña para dar salida a su obsesión. Informa a Bisutto que en los baños de hombres los alumnos se refugian para fumar. Obtiene autorización para entrar a los servicios. Atisba a los muchachos cuando orinan, y el imaginar su mano sobre su pene (que cumple en ese momento funciones más prosaicas que la de proporcionar placer) se excita al punto de que se masturba mientras permanece oculta en uno de los excusados, por lo que no le importa no hallar a ningún fumador.